
HEROIDA SEPTIMA.

ARGUMENTO.

Ya habia siete años que el troyano Eneas hijo de Anquises y Venus, despues de la destruccion de su pátria, andaba errante por los mares, buscando el pais de Italia para fundar una ciudad, cuando una tempestad lo arrojó á las costas de la Libia, en donde fundaba á Cartago la reina Dido, viuda de Siqueo, á quien su hermano Pigmaleon habia usurpado la corona de Tiro, dando la muerte á su esposo. Esta reina acogió y amó á Eneas, que al cabo de poco tiempo quiso, avisado de un dios, continuar su viage con su hijo Julo ó Ascanio sus demas troyanos y sus dioses penates. En estas circunstancias, estando Dido próxima á darse la muerte con el mismo acero que Eneas le habia regalado, le escribe, valiéndose, aunque en vano, de mil arbitrios para detenerlo, ó á lo menos para que suspenda su marcha hasta que el mar se serene.

DIDO

A

ENEAS.

Así cuando á la muerte se aproxima,
Entre las yerbas húmedas cantando
Espresa su dolor el blanco cisne
En las verdes riberas del Meandro.

Ni porque espere que eficaz alcance
Tu dureza á mover mi ruego blando,
Te escribo estos renglones; que á mis votos
Sé que tengo á los dioses por contrarios.

Mas habiendo perdido tristemente
Mis méritos, mi fama y el preclaro
Honor que antes gozaba, es poca cosa
Las palabras perder, quien perdió tanto.

Resuelto estás con todo á retirarte,
Dejando á Dido en su dolor amargo:
Para que así á la vez se lleve el viento
Las velas y la fe que me has jurado.

Resuelto estás á desátar, ó Eneas,
Las naves y la fe de los contratos,
Aunque del todo ignoras donde se halla
Esa Italia fatal que vas buscando.

Ni la nueva Cartago es poderosa,
Ni sus crecientes muros han bastado,
Ingrato, á detenerte, ni el dominio
Del rico cetro que entregué á tu mando.

Lo hecho desprecias, y perdido anhelas
Lo que está por hacer; y por el ancho
Mundo una tierra imaginaria buscas,
Cuando otra cierta tienes en la mano.

Mas quiero suponer que la encuentres,
¿Quién te la ha de ceder? ¿alguno acaso,
Para que otros estraños como dueños
Los vengau á habitar, dará sus campos?

Falta otro nuevo amor á tus perfidias,
Y otra misera Dido á tus engaños;
Aun otros juramentos hacer debes,
Y aun te falta tambien que quebrantarlos.

¿Cuando será que logres con sosiego
Fundar una ciudad como Cartago,
Y que subiendo á lo alto del alcázar
Desde allí puedas ver á tus vasallos?

Supon en fin que todo lo consigas,
Que nada estorbar pueda tus conatos,
¿Donde hallarás esposa, que rendida
Te llegue á idolatrar, cual te idelatro?

Como arde la resina misturada
Con el azufre, así por tí me inflamo,
O como derramados en humosas
Hogueras arden los inciensos sacros.

Eneas, sin faltar un solo instante
Se presenta á mis ojos desvelados;
Y Eneas sin cesar de noche y dia
A mi imaginacion se está mostrando.

Mas él en tanto, poco agradecido
Y sordo á mis finezas y regalos,
Se muestra tal en fin, que á no ser necia
Debírame alegrar de no mirarlo.

A Eneas sin embargo no aborrezco,
Aunque ha dado á mi amor tan triste pago;
Quéjome solo de su infiel cariño,
Y cuanto mas quejosa mas me abraso.

¡Venus! tú nunca soy, séme piadosa:
Tú, ¡niño Amor! abrasa de tu hermano
El duro corazon; haz que milite
Bajo de tus banderas humillado.

Haz (pues no lo rehusó) que yo siga
A tus leyes sujeta, idolatrando
Al que amar comencé; pero haz que Eneas
Dé pábulo al incendio en que yo me ardo.

Mas ¡ay! que yo me engaño, y vanamente
Espero ser amada de un ingrato,
Cuyo pecho insensible dista mucho
De la dulzura y maternal agrado.

Sí, falso engañador, las duras rocas,
Los montes y los robles que en los altos
Y rígidos peñascos han nacido,
Y las fieras crueles te engendraron:

O bien el crudo mar, cual lo estás viendo
Ahora con los vientos agitado;
Por cuyas falsas enemigas ondas
A partir te dispones sin embargo.

¿A dónde? vas ¿no ves que te lo impide.
Tan fiera tempestad, cuyos amagos
En mi favor conspiran? ¡mira al euro
Cual sacude las aguas enojado!

Deja que al menos á su furia deba
Lo que deber quisiera á tu amor grato,
Ya que los vientos y soberbias ondas
Mas que tu pecho son justos y blandos.

No valgo tanto yo, para que quieras,
(Bien que tú lo merezcas ¡ó inhumano!)
Mientras huyes de mí por esos mares,
Perecer en las ondas anegado.

El odio que me tienes, ciertamente
 Compras á precio bien subido y caro,
 Si en poco estimas el perder la vida
 Con tal que de mi vista estés lejano.

Dentro de poco cesarán los vientos,
 Y quedando los mares sosegados,
 Las ondas apacibles y cerúleas
 Recorrerá Triton en sus caballos.

¡Oh! ¡si por dicha, inexorable Eneas,
 Mudable fueses cual el viento vario!
 Y lo serás sin duda, si no excedes
 En dureza á los robles y peñascos.

¿Qué hicieras si ignoráras lo que pueden
 Del mar tempestuoso los estragos,
 Si habiéndolos probado veces tantas
 A ellos te tornas á arrojar incauto?

Aunque sereno el mar te persuadiese
 A soltar las amarras de las naos,
 ¿Ignoras por ventura sus mudanzas?
 ¿Ignoras por ventura sus naufragios?

Ni pienses que aprovecha á quien se embar-
 Haber los pactos que juró violado, (ca
 Que tambien sabe justiciero el Ponto
 Castigar las perfidias y el engaño.

Mucho mas si es Amor el ofendido,
 Pues la madre de Amor, prodigio raro,
 Se dice que en los mares de Citeres
 De las espumas fue desnudo parto.

Y aunque perdida estoy, temo perderte,
 Y temo al que me daña inferir daño;
 Pues aunque mi enemigo, temo mucho
 Que quedes en las ondas sepultado.

Vive, yo te lo pido; que antes quiero
 Perderte estando vivo, por ingrato,
 Que no por muerto: Dígase que Eneas
 Fue causa de mi muerte, y no al contrario.

Mas figúrate ya (no quiera el cielo
 Que á realizarse lleguen mis presagios!)
 Que te arrebatara un torbellino; ¿entonces,
 Qué pensarás en trance tan aciago?

Te ocurrirán al punto los perjurios
De tu lengua falaz y el roto pacto,
La triste suerte de la frigia Dido
Obligada á morir, por ser tú falso.

Verán tus ojos la terrible imágen
De tu engañada esposa en aquel acto,
Y esparcido en desórden el cabello,
Sangre de sus heridas derramando.

*Cuanto sufro, dirás, lo he merecido;
Dejadme ya funestos sobresaltos:
Y pensarás que contra tí fulmina
Cuantos despide el cielo ardientes rayos.*

¡Ah! deja al menos que su furia aplaquen
Los mares y tu pecho: aguarda un tanto,
Que á la seguridad de tu partida
Es de mucha importancia este intervalo.

No lo hagas ya por mí, mas á lo menos
Hazlo siquiera por el niño Ascanio,
Y baste á tu dureza, pues lo quieres,
Haber solo mi muerte ocasionado.

¿Qué mal te ha merecido el tierno Julo?
¿Qué mal te han hecho los penates sacros?
¿Quiéres que acabe el agua con los dioses,
Que del troyano incendio se libraron?

¿Pero qué dioses, si ningunos llevas,
Ni cual te jactas, pérfido, á tu anciano
Padre cargaron tus piadosos hombros,
Ni menos los divinos simulacros?

Falsedades son todas las que cuentas,
Ni tu lengua á mentir con tal descaro
Conmigo comenzó, pues la primera
No soy á quien tus fraudes castigaron.

¿Do está, si no, la mísera Creusa,
Madre del bello Julo desdichado?
¡Pereció la infeliz, del duro Eneas
Abandonada, sola y sin amparo.

Tú me lo referias, y mi pecho
Túvoté compasión por serte grato:
Mas si á mí me abandonas, tu castigo
Mayor será que aquel, por mas culpado.

Ni ya me cabe duda, que tus dioses
Castigarán tus falsedades, cuando
Siete años hace ya que te persiguen
Por mar y tierra, contra tí enojados.

Arrojado por fin de entre las olas
Hallastes en mis playas el descanso,
Y aun apenas tu nombre oído había
Cuando te hice del reino soberano.

¡Y ojalá que con estos beneficios
Se hubieran mis anhelos contentado,
Ni anduviera mi amor y mi deshonra
La fama por el orbe divulgando!

Mas aquel negro día, en que á la gruta
Hizo con recias lluvias retirarnos
Súbita tempestad, fue el triste origen
Y la ominosa causa de mi daño.

Parecióme escuchar un clamor triste,
Y que ahullaban las ninfas con espanto...
¡Las Euménides eran, que fatales
Sobrado mis desdichas me anunciaron!

Véngate ya de mí, dáme el castigo,
Ofendido pudor, pudor manchado,
Pues ofendí á Siqueo ¡ay infelice!
Y ya al castigo sonrojada marchó.

Tengo una sacra efigie de Siqueo
En un templo interior de bello marmol,
A quien adornan cándidas cortinas
De blanquísima lana y verdes ramos.

Allí por cuatro veces mi Siqueo
Oí que me llamaba: no me engaño;
Pues con sumisa voz por cuatro veces
Sígueme Elisa, pronunció su labio.

Sí, esposo, ya te sigo: ácia el sepulcro
Sumisa esposa sin demora bajo;
Empero la vergüenza de mi crimen
Retarda el golpe con que ya me amago.

¡Perdóname, Siqueo! de mi culpa
Es el autor un héroe extraordinario,
Que con su dignidad quita ó minora
El odio de mi culpa y tus agravios.

Es hijo de una diosa, y en sus hombros
Llevó á su padre con filial conato:
Estas prendas me dieron esperanza
De que á mí se enlazase en nudo santo.

Si hube de errar, en esta vez al menos
Causas plausibles á mi error sobraron;
Y si sus juramentos á esto añades,
No habrá que te avergüence en este caso.

¡Ay de mí! que aun me sigue la porfia
De mis primeros infelices hados,
Durando su rigor sin aflojarse
Hasta mi último aliento desdichado.

Mi esposo asesinado ante las aras
Cayó del interior de su palacio,
Y de tan gran maldad impunemente
El premio goza mi atrevido hermano.

Huyo precipitada, y de mi esposo
Las cenizas y pátria desamparo;
Y por senderos ásperos camino,
Siguiendo mis pisadas el tirano.

Llego á climas ignotos, libre apenas
De mi hermano y los mares escapando,
Do el terreno compré, que, generosa
En vano te entregué para mandarlo.

Levanté una ciudad, y estensamente
La circundé con muros elevados,
Cuya magnificencia es ya la envidia
De todos los lugares comarcanos.

Encendióse la guerra, y con la guerra
Forastera y muger urgida me hallo,
Y apenas pongo á la ciudad las puertas,
Ya las armas solícita preparo.

Agradé á mil amantes importunos,
Que todos contra mí se conjuraron,
Quejosos de que yo les preferia
No sé á quien para unirme en firme lazo.

¡Ay Eneas! ¿por qué dudas entregarme
Atada y sin defensa al africano
Yarbas? yo sin moverme, á las cadenas
Y á tu maldad presentaré los brazos.

Tambien, si quieres, un hermano tengo,
Cuyas odiosas despiadadas manos
Aun empaparse pueden en mi sangre,
Cual en la de mi esposo se empaparon.

¡Ah! deja ya á tus dioses, que profanas
Tocando sus efigies sanguinario:
Que á las deidades una mano impía
Mal puede tributar justo holocausto.

Si á los dioses librados del incendio
Habias tú de ser el que profano
Les tributase cultos, ya les pesa
Haberse de las llamas escapado.

A la engañada y miserable Dido,
Grávida, hombre cruel, dejas acaso,
Y en mis entrañas una parte tuya
Tal vez oculta y encerrada traigo.

Un niño entonces ¡ay! un inocente
Colmará de la madre los quebrantos,
Y tú serás la causa de su muerte,
Aun antes de nacer, sin ser culpado.

Acabará con su infelice madre
El hermanito tierno de tu Ascanio,
Y un solo golpe, y una herida sola
Dará la muerte juntamente á entrambos.

Mas dices que á partir un dios te obliga...
¡Oh, si el venir te hubiera antes vedado
Ese dios, y las púnicas comarcas
Jamás pisado hubieran los troyanos!

Mas á pesar del dios que te dirige
Los vientos te maltratan navegando,
Y sin llegar á tu destino, pierdes
En la agitada mar tiempo muy largo.

Apenas la gran Troya mereciera
A costa de tan ímprobos trabajos
Ser buscada por tí, si, aun Hector vivo,
Su esplendor conservára antiguo y claro.

Mas no ya el pátrio Simois, sino el Tiber
Y sus lejanas aguas vas buscando;
Es decir, que aunque llegues do quisieras,
Solo serás allí huesped extraño.

Y segun se te aleja y se te esconde
Esa tierra que buscas obstinado,
Si la llegas á ver, será, sin duda,
Cuándo por la vejez estés ya cano.

¡Cuánto fuera mejor que recibieses,
Escusando rodeos temerarios,
Estos pueblos en dote, y las riquezas,
Que mi hermano usurpar pretendió avaro!

Trasfiere el Ilion con mejor suerte
A esta nueva ciudad, que aquí fundaron
Los afanosos tirios, y tú en ella
Empuña como rey el cetro sacro.

Si tu ánimo guerrero ansioso anhela
La belicosa lid: si Julo bravo,
A su valor palestra busca en donde
Victorias adquirir, y cortar lauros:

Para que nada falte, aun enemigos
De quien pueda triunfar tendrá sobrados,
Que es este sitio en paz apto á las leyes,
Y á las armas tambien en guerra es apto.

Solo te ruego por tu hermosa madre,
De tu hermano Cupido por los dardos,
Y por esas deidades, compañeras
De tu fuga infeliz, númenes pátrios:

(Así los compañeros de tu suerte
Venzan felices, y prosperen faustos,
Y la troyana lid la última sea
De todas tus fatigas y quebrantos;

Y así dichosamente llene Julo
El dilatado curso de sus años,
Y del anciano Anquises las cenizas
En plácida quietud logren descanso).

Que á mi reino perdones, caro Eneas:
Mira que es tuyo ya, y está á tu cargo;
Ni podrás atribuirme otro delito
Pues solo es mi delito amarte tanto.

No soy yo de Tesalia, ni he nacido
En la grande Micenas, ni adversarios,
O mi esposo, ó mi padre, contra Troya,
Ni contra tí las armas empuñaron.

Si de llamarme esposa te avergüenzas,
 No tenga de tu esposa el nombre ó rango;
 Tu huésped seré, que en siendo tuya
 Cualquiera condicion gustosa abrazo.

Tengo bien conocidos estos mares
 Que en la playa se rompen con fracaso,
 Y sé que á veces navegarse dejan,
 Y á veces no es posible navegarlos.

Podrás cuando ya el aura lo permita
 Dar al viento las velas y los barcos;
 Mas ahora las algas claro indican
 Que aun deben en el puerto estar las naos.

Permíteme que observe yo los vientos,
 Para que sin peligro hagas tu embarco,
 Y despues, si lo quieres, ni yo misma
 Consentiré que alargues tu retardo.

Tus compañeros el descanso anhelan;
 Las maltratadas naves sin reparo,
 Para recomponerse exigen todas
 Demorarse siquiera un corto espacio.

Por los favores que me debes, y otros,
 Si aun puede mi anhelar servirte en algo,
 Por la esperanza que me diste, un breve,
 Un cortísimo tiempo te demando.

Mientras se aplacan los turbados mares,
 Y este voraz amor; mientras me amaño
 Con el tiempo y el uso, de tu ausencia
 A sufrir con valor el golpe infausto.

Si este favor me niegas, no hay remedio,
 Me arrancaré una vida que no aguanto,
 Pues no podrás conmigo ¡ó duro Eneas!
 Ser ya cruel por tiempo dilatado.

¡Oh! ¡si de quien te escribe en este instante
 Pudieras ver la imagen, hombre ingrato!
 Escribo, y mientras el troyano acero,
 Que me dejaste, tengo en el regazo.

Y mis lágrimas bajan por el rostro
 El cuchillo á mojar desenvainado,
 Al cual ¡ay infeliz! dentro de breve
 Empapará mi sangre en vez del llanto.

¡O cuánto á mi fatal horrible suerte
Es apto y conveniente tu regalo!
Con él á peca costa, á mis exequias
Das el mejor y mas urgente ornato.

Mas no es ahora, no, la vez primera
Que se verá mi pecho traspasado,
Que ya con crudo golpe lo tenia
Herido el fiero amor muy de antemano.

¡Ana! ¡querida hermana! que mi yerro
Lograste penetrar, mas no curarlo,
Presto dará los últimos auxilios
A mi yerto cadaver tu cuidado.

Consumido en la hoguera, haz que no diga:
ELISA DE SIQUEO el epitafio;
Mas estas breves lineas solamente
Se inscribirán del túmulo en el marmol:

YACE AQUI DIDO, A CUYA MUERTE ENEAS
LA CAUSA Y EL ACERO DIO INHUMANO,
DEL CUAL USANDO LA INFELIZ AMANTE
SE DIO LA MUERTE CON SUS PROPIAS MANOS.

HEROIDA OCTAVA.

ARGUMENTO.

Mientras Menelao, padre de Hermione, estaba en el sitio de Troya, Tíndaro, abuelo materno de ésta, á quien aquel rey habia encargado el reino, la casó con Orestes, hijo del rey Agamenon, hermano de Menelao. Este, ignorando estas bodas, prometió su hija Hermione á Pirro, hijo de Aquiles, el cual vuelto de Troya, la robó y se la llevó consigo. Hermione, que aborrecia á Pirro y amaba á Orestes, escribe á éste ocultamente, pintándole su triste situacion, y exhortándolo á que la recobre, pues jura morir primero que consentir en ser de otro.